

ni una sola gallina de los labradores, diciendo que los guerreros deben hacer verter la sangre de los enemigos, y no las lágrimas de los ciudadanos (55). ¡Hermosos sentimientos, nobles máximas! Tuvo que sostener una guerra singular en el seno mismo de Roma, la guerra de los monederos, que le mataron siete mil soldados en un combate en el monte Celio (56). Los castigos que imponía el emperador eran horribles: meditaba una persecución general contra los cristianos (57), y cuando se dirigió á Oriente con el designio de hacer la guerra á los Persas, fue muerto por los oficiales de su ejército entre Heraclea y Byzancio (58).

El mundo permaneció siete meses sin dueño; y el Senado y el ejército se cedieron mutuamente la elección de emperador; rehusaba el uno usar de su derecho, y el otro de su fuerza (59). Los dos últimos soberanos habían consolidado de tal manera el Estado que no hubo disturbios; mas no por eso recobró Roma su libertad. ¿qué hubiera hecho de ella?

Finalmente, el Senado proclamó emperador al senador Claudio-Tácito, \* de edad de setenta y cinco años; es tal la soberanía natural del talento que no existe al presente un solo hombre que no preferiría haber sido Tácito el historiador á Tácito el emperador.

Parece que este último temió la infamia de que su abuelo había cubierto á los tiranos, y vivió en la púrpura cual si estuviese en la presencia y temiendo siempre el pintor de Tiberio (60).

El emperador restituyó al Senado algunas de sus prerogativas, y este, en su corrompida decrepitud, creyó que renacia la casta infancia de la república (61). Cuando Tácito iba á colocarse á la cabeza del ejército en Trácia para repeler un ataque de los Alanos con quienes los Romanos habían quebrantado la fe, murió de fatiga ó fue muerto en Tarús, ó en Tíanea, ó en el Ponto, según las diferentes versiones de los historiadores (62). Poco tiempo antes de su muerte habíase abierto la tumba de su padre, y había visto la sombra de su madre: el sepulcro de nuestros padres se abre siempre para recibirnos, pero se traslucen en este ciertos recuerdos confusos de la tumba de Agripina, porque el genio del historiador dominaba á la imaginación del monarca.

Floriano, hermano de Tácito, se declaró Augusto en Asia, y Probo\*\* en Oriente; una guerra civil de dos ó tres meses terminó la lucha en favor del postrero. La derrota de los Francos, de los Borgoñeses, de los Vándalos y de los Logiones ó ligas que se habían apoderado de las Galias, señaló el principio del reinado de Probo. Mató cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran-Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, obligó á los pueblos vecinos á retirarse mas allá del Necker y del Elba, á pagar á los Romanos un tributo anual en trigo, vacas y ovejas, y á tomar las armas en defensa del imperio contra las naciones mas remotas (63); por último, levantó una muralla de doscientas millas de longitud, desde el Rhin hasta el Danubio (64). Probo concibió el plan regularizado de defender el imperio contra los Bárbaros con los Bárbaros. Cuando la república reunía algunos pueblos á su dominio, les comunicaba la virtud en cambio de la fuerza que de ellos recibía. ¿Qué podían los Romanos de Probo con los Bárbaros?

Un puñado de Francos auxiliares á quienes Probo había desterrado á la costa del Ponto-Euxino, se aburrían, y poderándose de algunas barcas pasaron el Bósforo, asolaron las costas de Grecia, Asia y Africa; tomaron y saquearon á Siracusa, entraron en el Océano, y después de haber costado las Españas y Ga-

lias desembarcaron en su patria en la embocadura del Rhin (65), dejando al mundo pasmado con su audacia, que anunciaba un gran pueblo.

Probo pasó á Egipto, derrotó en la Tebaida á los Blencios, salvajes de Etiopia, de quienes casi nada se sabe; y de allí marchó contra los Persas. Sentado en tierra sobre la yerba en la cumbre de una montaña de Armenia, comiendo garbanzos en un puchero; vestido con un tosco ropaje de lana teñida de púrpura, la cabeza cubierta con el sombrero porque estaba calvo, sin levantarse, sin interrumpir la comida, recibió Probo á los embajadores admirados del gran monarca. Díjoles que él era el emperador, y que si su amo rehusaba hacer justicia á los Romanos, dejaría la Persia tan desnuda de árboles, y de espigas como su cabeza lo estaba de cabellos, y se quitó el sombrero. «¿Teneis hambre? añadió este Popilio del imperio: comed conmigo, y sino retiraos.» (66).

Probo dió tierras en Trácia á cien mil bastarnos (nación escita ó goda), que se situaron en ellas: había repartido otra entre los Gepidos, los Yutungos, los Vándalos y los Francos, quienes se sublevaron todos en diferentes intervalos.

Puede fijarse en el reinado de Probo al fin de la primera invasión grande de los Bárbaros aunque sus movimientos continuaron en el tiempo de Caro, Cavino, Numeriano, y se prolongaron al de Diocleciano, hasta el advenimiento de Constantino al imperio.

Probo, libre ya de las guerras extrañas, sofocó las revueltas de Saturnino, de Procal y de Bonosio. Con la vuelta de una paz tan completa, afirmaba que pronto no necesitaría tener ejército. Ocupó las tropas ociosas en plantar viñas en la Pannonia; en la Moesa y en las Galias, y según Vospisco, hasta en la Gran Bretaña creese que la Borgoña le debe sus primeras riquezas. Probo guerrero tan digno del cetro, no por eso dejó de recibir la muerte de mano de sus soldados, en un mirador de hierro desde donde vigilaba á las legiones empleadas en secar los pantanos de Sirmich su patria (67).

Caro, \* que sucedió á Probo, había nacido en Narbona según los dos Victores: decíase originario de Roma; y no se sabe siquiera con certeza si vió la capital del mundo, de que era soberano. Después de haber conseguido victorias de los Persas, le hirió un rayo cerca de Ctesiphon que había tomado (68): cuando la guerra fatigada cesaba de dar la muerte á sus príncipes, encargábase el cielo de dársela.

Los hijos de Caro, Carino y Numeriano, \*\* elevados al imperio celebraron en Roma los fuegos Romanos (69), que fueron cantados por Calpurnio ó Calpurnio, poeta tan olvidado como estos mismos juegos. (70).

Volviendo Numeriano de Persia sucumbió á los golpes de Aper, prefecto del Pretorio, con cuya hija se había casado. Montesquieu observa que los prefectos del Pretorio eran en aquella época, para los emperadores, lo que son en el día los visires para los sultanes (71). El príncipe había derramado tantas lágrimas por la muerte de su padre, que su vista se había debilitado, y le llevaban en una litera en medio de las legiones. Aper, que codiciaba la púrpura, se dió demasiada prisa: su maldad tomó la delantera á sus manejos, el cadáver de Numeriano asesinado en la litera cerrada se corrompió antes que el asesino pudiese asegurarse del favor de los soldados: el mal olor que despedía (72) reveló la presencia del crimen y la nada de las grandezas humanas.

El ejército celebró un consejo en Calcedonia con el objeto de elegir jefe del Estado, y fue nombrado (73) Diocleciano, que mandaba á los gefes milita-

\* CARO, emper. y sus dos hijos CAVINO y NUMERIANO. EUTAQUIANO, papas, A. de J. C. 282—285.

\*\* CARINO y NUMERIANO I, emper. CARO papa, A. de J. C. 281.

res del palacio. Bajando en el acto del tribunal, tras-pasó con su espada á Aper, y gritó «He muerto al fatal jabali.» Una druida de Tongres le había ofrecido el imperio cuando hubiese dado muerte á un jabali, en latin *aper* (74). En 17 de Setiembre de 284, día de esta elección, principió la era famosa en la Iglesia, conocida con el nombre de Diocleciano ó de los Mártires (75).

Diocleciano dió varias batallas contra Carino, cuyas costumbres recordaban las de los emperadores desahogados, predecesores de los emperadores militares. Triunfó Carino; mas sus soldados victoriosos le despojaron de la vida, instigados por un tribuno cuyo lecho nupcial había deshonorado, y se sometieron á Diocleciano.

Muchas consideraciones se presentan en lo relativo á los cristianos, en los reinados de los últimos emperadores Galo, Emiliano, Valeriano, Galieno, Claudio, Aureliano, Tácito, Probo, Caro y sus hijos.

Aunque todos los obispos tomaban el nombre de papas, estableciase la unidad de la Iglesia: un tratado de San Cipriano la recomienda (76).

Galo y Valeriano renovaron las persecuciones, y además de las generales hubo que lamentar otras particulares. Habiendo publicado los emperadores edictos contradictorios con motivo de la nueva religión, y no anulándose mutuamente tales edictos; sucedía que los delegados del poder, según sus caracteres, sus principios y sus preocupaciones, emplaban la tolerancia ó la intolerancia de la ley (77).

Sucumbieron los papas Cornelio, Estéban y Sixto II; el último había trasladado los cuerpos de S. Pedro y de S. Pablo á las Catacumbas que servían de templo y de sepulcro á los cristianos. Al hablar de las costumbres de los fieles, contaré varios hechos del martirio de S. Lorenzo.

Cortaron la cabeza á Cipriano en Cartago, y trescientos cristianos cuyos nombres se ignoran igualaron en Utica la firmeza de Caton, siendo precipitados en un foso de cal viva (78). Teógenes, obispo, sufrió el martirio en Hipona, Fructuoso en Tarragona, Parturino en Tolosa y Dionisio en Lutecia (79), ilustrando por primera vez aquella villa desconocida: el Cristianismo se arraigaba y florecía vigorosamente en el campo de los mártires, como un árbol en el cercado de los muertos. Gregorio el Taumaturgo, próximo á espirar, preguntó si quedaban todavía algunos idólatras en su ciudad episcopal, y respondióle que había diez y siete. «Dejó, pues, á mi sucesor otros tantos infieles como cristianos encontré en Neocesarea (80).»

Al entrar los Bárbaros en el imperio habían llamado á los misioneros, y los enviados de la misericordia de Dios salieron al encuentro de los agentes de su cólera, para desarmarlos. Los obispos con la cadena al cuello curaban á los enfermos y predicaban la santa palabra. Los señores ponían su confianza en aquellos esclavos médicos; figurábanse que por ellos obtenían la victoria y pedían el bautismo. Los prisioneros se transformaban en pastores, y tenían principio las Iglesias nómadas en medio de las bordas guerreras, que entraban en sus bosques como en sus tiendas. Estas diversas naciones se convertían unas á otras, formaban confederaciones, que se disolvían ó recomponían según los triunfos ó los reveses: hombres feroces que sacudían todos los yugos, y se sometían al freno de algunos sacerdotes cautivos.

De todos los cuerpos del Estado, el ejército romano era en el que menos progresos hacía el Cristianismo. Los cristianos huían de alistarse, porque miraban los festines, la medida y la marca como señales del paganismo. Maximiliano llamado al servicio, decía al procónsul Dion en Tebesta de Numidia. «No recibiré la marca, porque ya he recibido la señal de Jesucristo (81).» Por otra parte el legionario unido á

sus águilas difícilmente renunciaba á la idolatría de la gloria.

Los heresiarcas y los filósofos continuaron su sucesión. Manes con la doctrina de dos principios, Plotino y Porfiro con sus bellos ingenios, eran enemigos de Cristo.

Diocleciano\* asoció á Maximiano al poder supremo, y nombró dos Césares, Galerio y Constancio: el Oriente y la Italia eran territorios que incumbían á los Augustos; los Césares tenían la custodia del Danubio y del Rhin, mas allá de los cuales se extendían las provincias del Occidente. Las posesiones romanas se hallaban divididas en cuatro Estados despóticos, lo cual preparó la separación final de los dos imperios de Oriente y de Occidente.

El ejército obedeciendo á cuatro dueños no tuvo ya la fuerza suficiente para crearlos, ni en ninguna de las cuatro divisiones territoriales había un tesoro suficiente para suministrar á cada usurpador los medios de comprar la elección. Diocleciano disminuyó el número de los pretorianos, y les opuso dos nuevas cohortes, los jovianos y los herculanos.

Pero lo que produjo la seguridad del príncipe causó la ruina del Estado: estas legiones que elegían á los emperadores, repelían al propio tiempo á los Bárbaros, y era una república militar que nombraba para su gobierno soberanos nacionales, y no los quería extranjeros. Cuando Diocleciano hubo verificado estas mudanzas; cuando Constantino siguiendo la misma política hubo disuelto á los pretorianos; cuando en vez de dos prefectos del Pretorio nombró cuatro; cuando hubo llamado las legiones que guardaban las fronteras para que guarneciesen la corte del imperio, espiró el reinado de las legiones y tuvo nacimiento el poder doméstico. Los soldados y los eunucos (82) se dividieron el derecho de elección; y la libertad romana, que había comenzado en el Senado, pasado al foro y atravesado el ejército, fué á encerrarse en el palacio con los esclavos separados de la raza humana; carceleros de la libertad, que carecían hasta de la facultad de perpetuar en la familia la servidumbre hereditaria.

El Senado participó de la humillación de las legiones: Roma no vió ya sino rara vez á sus emperadores, que residieron en Tréveris, Milan, en Nicomedia y después en Constantinopla. Diocleciano modeló su corte por el estilo de la del gran rey, y se dió el sobrenombre de *Júpiter*: en vez de la corona de laurel ciñóse la diadema, y añadió al manto de púrpura el ropaje de oro y de seda. Nombráronse oficiales de palacio de distintas clases, y divididos en diversas secciones: los eunucos estaban encargados de la guardia interior de los aposentos. Todo el que entraba á la presencia del emperador se prosternaba y adoraba. Los sucesores de Diocleciano, y quizás él mismo, tomaron el título de *vuestra eternidad*, y vivieron un día (83). Tenemos que decir, sin embargo, que los emperadores se abrogaron este tratamiento por una especie de derecho de herencia. Roma se apellidaba la ciudad eterna: el pueblo romano había visto en la inmutabilidad del dios Término el presagio religioso ración del poder; y al usurpar los poderes políticos, los déspotas usurparon también el prestigio religioso. No obstante, esta trasmisión de suerte de la especie al destino al individuo, no era sino una falsedad impía: las naciones que mudan de costumbres, de leyes, de nombres y de sangre, no mueren, es verdad; ¿pero qué cosa hay mas caduca, ni mas mortal que el hombre?

Seis años después de haber asociado al imperio á Maximiano, Diocleciano se asoció igualmente á los dos Césares Galerio y Constancio. Hubo en las Galias

\* DIOCLECIANO y MAXIMIANO, emper. CAYO y MARCELINO, papas, De J. C. 285—305.

con el nombre de Bagaudas (84) una insurrección de campesinos, muy semejentes á las que estallaron en Francia en la edad media. Oeliano y Amando, jefes de estos campesinos, se vistieron la púrpura: sus medallas han llegado hasta nosotros (85) mas como una prueba historia del poder de un dueño, que como un momento de la libertad: créese que Oeliano y Amando eran cristianos (86). Maximiano sometió estos hombres rústicos, cuyo nombre volvió á aparecer en el siglo v. Salviano, en esta última época procura disculpar la sublevación de aquellos con los muchos padecimientos que sufrieron: la facción de la miseria está muy arraigada.

Carancio en la Gran-Bretaña y Aquileo en Egipto, fueron vencidos el uno por Constancio y el otro por Diocleciano, después de una usurpación mas ó menos larga. Galerio, vencido al pronto por los Persas, los derrotó á su vez.

Diocleciano, gran administrador, y hombre sagaz y hábil (87), repasó y aumentó las fortificaciones de las fronteras, batió con el auxilio de sus asociados y sus generales á los Blemmios en Egipto, á los Moros en Africa, á los Francos, á los Alemanes y á los Sármatas en Europa, y sembró la división entre los Godos, los Vándalos, los Gépidos y los Borgoñones, que se consumieron en guerras intestinas. Los Bárbaros del Norte que habian caído prisioneros, fueron, ó distribuidos como esclavos entre los habitantes de los territorios de Tréveris, Langres, Cambria, Beauvais y Troyes, ó adoptados en clase de colonos, principalmente algunas tribus de Sármatas, Bastarnos y Carpianos.

En los momentos en que iba á triunfar el Cristianismo, tuvo que sostener una persecución general. Estimulado por Galerio y quien excitaba su madre, adoradora de los dioses de las montañas, reunió Diocleciano un consejo de magistrados y de hombres de guerra; y este consejo opinó que debía perseguirse á los enemigos del culto público. El emperador consultó á Apolo de Mileto, y este respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad: la pitonisa se quejaba de ser muda, y los arúspices declararon que los justos de que hablaba Apolo eran los cristianos. Resolvióse la persecución; y fué la época de la fiesta de los Terminales, último día del año romano (88), día que se reputaba venturoso, y que debía poner fin á la religión de Jesús. Diocleciano y Galerio se hallaban en Nicomedia.

Principió el ataque por la demolición de la Basílica edificada en aquella ciudad sobre una colina y rodeada de espaciosos edificios (89). Buscaron con afán al ídolo, mas no lograron encontrarlo. El decreto de exterminio prevenia en resumen: que se destruyesen las Iglesias y entregasen á las llamas los libros santos; que se privase á los cristianos de los honores y dignidades, y que se les condenase al suplicio sin distinción de orden ni de rango; que pudiesen ser perseguidos ante los tribunales, y que ellos no pudiesen demandar á persona alguna, aun cuando fuese en reclamación de robo, reparación de injurias ó de adulterio; y que los libertos que prefesaran el Cristianismo volviesen á ser esclavos (90).

Siempre se cometen las grandes iniquidades sociales por el efecto retroactivo de las leyes ó por su denegación: el quebrantamiento de la justicia es el punto en que el hombre se encuentra mas lejos de Dios. Un edicto particular proscribía á los obispos, ordenando que se les encadenara y se les obligase á adorar.

La persecución que primero fue local se extendió después á todas las provincias del imperio. Se atormentó principalmente á los individuos de la casa imperial: Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca su mujer, acusadas del Cristianismo ofrecieron sacrificios á los dioses: Doroteo el primero de los eunucos, Gor-

onio, Pedro, Judas Migdonio y Mardonio padecieron el martirio. Aplicaron sal y vinagre á las heridas de Pedro, y tendiéndole sobre unas parrillas asaron sus carnes como las viandas de un festín (91). Arrojaron en las hogueras confundidos mujeres, niños y ancianos, y otras víctimas amontonadas en barcos fueron arrojadas al fondo del mar (92).

La baja adulación se halló en este momento dispuesta como siempre á hacer la apología del crimen, y dos filósofos (93) escribieron á la luz de las hogueras contra los cristianos.

A aquella época pertenece el martirio de la legión tebana, sacrificada por orden de Maximiano. Nantes en la Armórica, quedó consagrado con la sangre de los dos hermanos Donaciano y Rogiano (94).

Arnobio y Lactancio defendieron el Cristianismo, y el postrero nos ha descrito la muerte de los perseguidores y la extensión de su raza (95): tales eran Licinio, Galerio y Candidiano su hijo; Maximiano con el suyo, de edad de ocho años, su hijo que rayaba en los siete, su mujer ahogada en el Ornató donde habia hecho ahogar á los cristianos; Diocleciano, Valerio y Prisca fugitivos, disfrazados con vestidos miserables, fueron reconocidos, presos y decapitados en Tesalónica, y arrojados después sus cadáveres al mar; víctimas de la tiranía de Licinio, no fueron acusados sino de pertenecer á una estirpe maldita.

Diocleciano y Maximino celebraron en Italia sus triunfos, el uno de los Egipcios y el otro de los pueblos del Norte, y este fue el último triunfo auténtico que vió Roma. El emperador solo bajó del carro de la victoria para subir en Nicomedia al tribunal de su abdicación. Esta escena pasó en una llanura inundada por la muchedumbre de los grandes, del pueblo y de los soldados. Diocleciano declaró que deseando descansar, cedía el imperio á Galerio. Al propio tiempo indicó el César que debía reemplazar á Galerio, encumbrao á la dignidad de Augusto; era este Daia ó Daza-Maximino, hijo de la hermana de Galerio. En seguida cubrió la espalda de este pastor (96) con su manto de púrpura, y Diocleciano convertido de nuevo en Diocles, tomó el camino (97) de Salona, patria suya.

Al deponer la autoridad brillaban las lágrimas en los ojos de aquel hombre extraordinario; y habia llorado igualmente cuando Valerio en una conferencia secreta le declaró que queria ser el señor, y que si Diocleciano no queria ausentarse sabria obligarle á ello. Otros han escrito que Diocleciano renunció al trono por menosprecio de las grandezas humanas (98). Ya sea que este príncipe abandonase el imperio de grado ó por fuerza, con valor ó con debilidad, se retiró á Salona y dió á su vida un carácter filosófico que al presente forma su principal nombradía.

Diocleciano habitaba en la orilla del mar una casa de campo (99) que Constantino el Grande supone era sencilla y Constantino Porfirogeneto (100) reputó magnífica. Maximiano, Hércules se despojó de la autoridad soberana en Milan en favor de Constancio-Cloro, y nombró César á Valerio-Severo, favorito oscuro de Galerio, el mismo día en que Diocleciano verificaba su sacrificio en Nicomedia. Habiendo recordado Maximiano la púrpura con el tiempo invitó á Diocleciano á que siguiese su ejemplo. Diocleciano respondió: «Si vieses las hermosas coles que he plantado, no me hablarías ya del imperio.» (102) Palabras que fueron desmentidas por su disgusto.

Durante los nueve años que Diocleciano vivió en Salona, su mujer y su hija perecieron miserablemente, y no las pudo salvar: entonces conoció la importancia de un príncipe á quien no queda mas autoridad que la del llanto. Amenazado por Constantino y por Lianio, y quizás tambien por el Senado (103), resolvió acortar sus días; no sabemos con certidumbre el género de muerte que escogió; se ha hablado del vene-

no, de la abstinencia y de la melancolía (104). El emperador sin imperio no dormía ya ni comía: suspiraba; gemía y San Gerónimo manifestó que antes de espirar vomitó su lengua roída por los gusanos (105).

La filosofía fue tan inútil á Diocleciano para saber morir, como la religión á Carlos V: ambos tuvieron remordimientos por haber renunciado el mando: el primero en su lecho y sobre la tierra donde se revolcaba en medio de sus lágrimas (106); el segundo en el fondo de su féretro donde se colocó para asistir á la representación de sus funerales (107).

Diocleciano multiplicó los impuestos, y cubrió el imperio de monumentos gravosos, que muchas veces mandaba destruir y volver á levantar bajo un nuevo plan. La Providencia ha querido que una sala de las Termas del perseguidor de los cristianos, se haya convertido en Roma en iglesia de Nuestra Señora de los Angeles. El claustro que en otro tiempo era el extenso cementerio del edificio, es en el día un espacio demasiado grande para la muerte: un hoyo practicado al pié de tres ó cuatro columnas basta para tumbas de los Cartujos, que se disminuyen, que tambien perecen, y que en su abdicación del mundo no echan menos cosa alguna de la tierra.

Después de la abdicación de Diocleciano, los hechos son como siguen.

Constancio gobernaba las Galias, la España y la Gran-Bretaña: era dulce, justo, tolerante con los cristianos, y tan pobre que tenia que pedir prestada la plata cuando daba un festín (108). Suidas le llama *Constancio el pobre* (109); sobrenombre que no han tenido jamás los príncipes absolutos.

Tuvo de Elena, hija de un hostelero, su mujer legítima ó su concubina, á Constantino el Grande; y de Teodora, hija de la esposa de Maximiano Hércules, tres hijas y tres varones. Obligáronle á repudiar á Elena por haber nacido en una clase tan ínfima.

Constantino tenia entonces diez y ocho años, y envuelto en la humillación de su madre, se alistó en las banderas de Diocleciano, y empuñó las armas en Egipto y en la Persia. Galerio envidioso del favor de que gozaba el hijo de Constancio con los soldados, intentó deshacerse de él estimulándole á batirse primero con un Sármeta y después con un león (110). Habiendo salido victorioso de ambas pruebas Constantino se salvó con la fuga de los lazos de Galerio; y para que no le persiguiese mandó en cada parada de postas desjarretar á los caballos de que se habia servido (111). Reunióse á su padre en Bolonia en el momento en que aquel, vencedor de Carancio, se embarcaba con rumbo á la Gran-Bretaña. Constancio murió en Yorek; y las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, sin esperar la elección de palacio proclamaron emperador á Constantino en nombre de las virtudes de su padre. Galerio no concedió á Constantino sino el título de César, confiriendo á Valerio la dignidad de Augusto.

Galerio mandó formar una nueva estadística de las propiedades, con el fin de establecer una contribución general sobre las tierras y sobre las personas, sometiendo á su pago la Italia, sublevóse Roma, é invistió con la púrpura á Majencio, yerno de Galerio é hijo de Maximiano-Hércules. El viejo emperador que habia abdicado salió de su retiro y se unió á su hijo; Severo, refugiado en Rávena, que entregó por capitulación á Maximiano-Hércules, fue condenado á muerte y se hizo abrir las venas.

Maximiano contrajo alianza con Constantino, le otorgó la mano de Fausta\*\* su hija, y le nombró Augusto. Galerio cayó sobre la Italia al frente de un

ejército; y habiendo llegado á Narné y vistose obligado á retroceder, elevó á Licinio, su antiguo compañero de armas, al rango de que la muerte habia precipitado á Severo. Daia-Maximino, el César que gobernaba el Egipto y la Siria, estimulado por la envidia se decoró tambien con la dignidad de Augusto. Seis emperadores (cosa nunca vista y que tampoco volvió á verse), reinaron á un mismo tiempo: Constantino, Majencio y Maximiano en Occidente, Licinio, Maximino y Galerio en Oriente.

Estalló la discordia entre Maximino-Hércules y Majencio su hijo: Maximiano se retiró á Iliria y después á las Galias, al lado de Constantino su yerno. Conspiró contra él, y con la falsa noticia de la muerte de aquel príncipe, se apoderó de un tesoro depositado en la ciudad de Arlés. Constantino, ocupado en las orillas del Rin, en rechazar á un cuerpo de francos, volvió, sitió á su suegro en Marsella, lo prendió y condenó á muerte á un anciano, cuya ambición le habia hecho volver á la infancia (112).

Galerio murió en Sárdica de una enfermedad asquerosa (113) que los cristianos atribuyeron á la venganza celeste, porque Galerio habia sido el verdadero autor de la persecución. Maximino-Daia y Licinio se dividieron sus Estados; el último hizo alianza con Constantino, y el primero con Majencio. Constantino vencedor de los Francos y de los Alemanes entregó su príncipe á las fieras en el anfiteatro de Tréveris (114).

Majencio, opresor de Africa y de Italia, inventó el donativo gratuito (115) que los reyes y los señores feudales exigieron en lo sucesivo por las victorias, los nacimientos, los matrimonios, y por la admisión de sus hijos, en el orden de la caballería: entre los Romanos se trataba del consulado del joven príncipe; Majencio inmoló á los senadores con un puñal para librarse de su brutal persecución y deshonró á las mujeres de estos. Sofronia, cristiana y esposa del prefecto de Roma se mató: Majencio intentó invadir la Galia. Constantino decidido á anticiparse á su enemigo, vió en los aires el lábaro (116), y comenzó á instruirse en la fe. Majencio habia restablecido los pretorianos, y su ejército se componia de ciento setenta mil infantes y de diez y ocho mil caballos. Constantino no temió atacarle con cuarenta mil soldados veteranos. Pasó los Alpes-Cottianos por una de aquellas sendas indestructibles que no existian en tiempo de Anibal: se apoderó de Susa por asalto, derrotó un cuerpo de caballería pesada en las inmediaciones de Turin, otro en Bresa, obligó á Verona á capitular, y amarró á la guarnición cautiva con cadenas fraguadas con las espadas de los vencidos (117). Constantino marchó á Roma, y ganó la batalla en que Majencio perdió el imperio y la vida.

Esta batalla es del corto número de aquellas que siendo la expresión material de la lucha de las opiniones producen no un simple hecho de armas sino una revolución verdadera. Dos cultos y dos mundos se encontraron en el puente Milvio: dos religiones se vieron la una en presencia de la otra con las armas en la mano, en las márgenes del Tíber, y á la vista del Capitolio. Majencio interrogaba los libros sibílicos, sacrificaba leones, hacia abrir el vientre de las mujeres preñadas para examinar el pecho de los niños arrancados de las entrañas maternales: suponiendo que los corazones, que aun no habian palpitado, no podrían contener impostura alguna. Constantino en su campamento se contentaba con decir que habia llegado hasta allí por el impulso de la divinidad y por la magnitud de su talento (118), (cuyas palabras se grabaron en su arco de triunfo). Los antiguos dioses de Janículo formaron en torno de sus altares las legiones que habian enviado á conquistar el universo; y en frente de estos soldados descubriábase los soldados de Cristo. El lábaro dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó en la montaña;

\* GALERIO CONSTANCIO, emperador, MARCELINO, papa. De J. C. 506.

\*\* CONSTANTINO, emperad. MARCELO EUSEBIO, MELQUIADES SILVESTRE I, MARCO JULIO I, papas. De J. C. 507-537.

porque el tiempo y el género humano habían ya adelantado un paso.

Seis meses después de la victoria de Constantino intentó Maximino-Daia apoderarse de la parte del imperio que gobernaba Licinio, y vencido cerca de Heaclea fué á morir en Nicomedia. De los seis emperadores solo quedaban ya Constantino y Licinio.

Indispusiéronse ambos. La primera guerra civil, seguida de otra segunda, produjo las batallas de Cibalis, Mardia, Andrinópolis, y Crisópolis donde Constantino fue afortunado. Habiendo caído Licinio en manos del vencedor, le desterró este á Tesalónica. Algun tiempo después pidieron su cabeza bajo pretexto de una conspiración urdida por él en su destierro: este



PROBO RECIBIENDO A LOS EMBAJADORES PERSAS.

recurso de crimen, tantas veces reproducido en la historia, manifiesta cuán estéril es en sus inventos la tiranía.

Constantino, viéndose en posesión del mundo, resolvió al fin de su vida dar una segunda capital á sus

Estados: levantóse Constantinopla en el sitio que ocupaba Bizancio, en nombre de Jesucristo, como se había levantado Roma sobre las cabañas de Evandro en nombre de Júpiter (119). El fundador del imperio cristiano declaró que edificaba la nueva ciudad por órden

de Dios (120): refería que estando dormido bajo las murallas de Bizancio había visto durante el sueño una mujer abrumada por los años y las enfermedades trocarse en una doncella en la que resplandecían la salud y las gracias, y que parecía revestida con los ornamentos imperiales (121). Constantino, interpretando este sueño, obedeció al aviso del cielo, y armado con una lanza, guió por sí mismo á los obreros que trazaban el recinto de la ciudad. Advirtiéronle que el espacio que había recorrido ya era inmenso: «Sigo, respondió, el guía invisible que marcha delante de mí, y no me pararé hasta que él se pare.» (122)

Los despojos de la Grecia y del Asia embellecieron la ciudad naciente; trasladaron á ella los ídolos de los

dioses muertos, y las estatuas de los hombres grandes que no mueren como los dioses. La antigua metrópoli pagó principalmente su tributo á esa joven rival, por lo cual dijo San Gerónimo que Constantinopla se había adornado con la desnudez de las demás ciudades (123). Las familias senatorias y ecuestres pasaron de las orillas del Tiber á las del Bósforo, para ocupar allí palacios semejantes á los que abandonaban. Constantino levantó la iglesia de los Apóstoles, que veinte años después de su dedicación amenazaba ruina, y Constantio edificó á Santa Sofía mas célebre por su nombre que por su belleza. Egipto se encargó de alimentar á la nueva Roma á espensas de la antigua.

Los historiadores repiten algunos juicios sin exá-



GALO EJERCIENDO EL ESPIONAJE EN LAS CALLES DE ANTIOQUIA.

men: se leerá con frecuencia que Constantino había acelerado la caída del poder de los Césares destruyendo la unidad de su silla; y por el contrario, la fundación de Constantinopla fue la que prolongó hasta los siglos modernos la existencia Romana. Roma, conservándose única metrópoli, no hubiera sido mejor defendida: el imperio se hubiera hundido con ella cuando sucumbió á la espada de Alarico, si la nueva capital no hubiera servido de segunda cabeza al imperio, cabeza que no fue derribada hasta mil años después de la primera (124) por la espada de Mahometo II.

Mas lo que fue favorable á la duración del poder temporal, tal como la creó Constantino, perjudicó á poder espiritual, de que se declaró protector. Permaneciendo en Occidente bajo la influencia de la gravedad latina y del buen sentido de las razas germánicas, los emperadores no hubieran caído en las sutilezas del ingenio griego, y no habrían ensangrentado tantas herejías el mundo y la Iglesia. Constantinopla nació cristiana, y no tuvo, como Roma que renegar de un culto antiguo; pero desfiguró el ara que Constantino le había dado.